





# **LECTURAS NO APLICADAS**

**2019**



# ÍNDICE

<b>BASADO EN HECHOS REALES.....</b>	7
LA ORDEN NACIONAL, <i>ENRIQUE NIETO</i> .....	8
NÉSTOR MURIÓ TRAS CAER DE LAS ESCALERAS DE UN BAR, <i>ISABELLA HERNÁNDEZ</i> .....	12
ALCANTARILLA, <i>ALEJANDRO RAMÍREZ</i> .....	14
EN EL RÍO, <i>VLADIMIR MARTÍNEZ</i> .....	16
<b>MEDITACIONES COTIDIANAS.....</b>	21
USURPACIÓN, <i>ALEJANDRO ESPEJO</i> .....	22
HALLAZGOS, <i>MANUEL MATEUS</i> .....	23
MÁQUINA DE ESCRIBIR, <i>ISABELLA HERNÁNDEZ</i> .....	25
EL GRAN ROJO Y EL DESGRACIADO, <i>ENRIQUE NIETO</i> ...	26
NOS ESCRIBEN DE..., <i>VLADIMIR MARTÍNEZ</i> .....	28
REMINISCENCIA, <i>ALEJANDRO ESPEJO</i> .....	30
¿QUÉ NOS QUEDA DE LOS RECUERDOS?, <i>MANUEL MATEUS</i> .....	33
<b>TRES POEMAS Y UNA MENTIRA.....</b>	37
SIMPLICIDAD, <i>ALEJANDRO RAMÍREZ</i> .....	38
METAS, <i>ALEJANDRO RAMÍREZ</i> .....	39



BASADO EN HECHOS REALES

## LA ORDEN NACIONAL

El capitán Toribio está a punto de salir de su oficina para al fin verse con su querida Susana en un restaurante de comida peruana cuando recibe una llamada a su teléfono privado. Piensa que seguro es uno de sus subalternos reportándole algún informe de cierre de turno.

—Diga.

—Soy Cóquili Rojo. Leni Cuper va a asesinar a la parlamentaria Maye el lunes en un restaurante.

La llamada termina y al capitán solo le toma cinco segundos reaccionar. Llama con un grito al detective Torres, mientras guarda una cajita que tenía en su bolsillo en el cajón de su escritorio. Esa llamada le recuerda amargamente que primero está su deber.

Solo bastan unos minutos y los agentes ya tienen todo contextualizado. De acuerdo a sus archivos, Cóquili Rojo es el alias de un miembro de la Orden Nacional que pasa de vez en cuando información a ciertos miembros de la policía. La Orden es un grupo radical de extrema derecha no reconocido del Partido Tradicionalista, pero que por lo regular es asociado a ese grupo político que conduce el gobierno.

Por otra parte, Leni Cuper es un joven de 22 años, uno de los miembros más populares de la Orden, quien ha sido demandado varias veces por sus agresivos discursos que incitan al odio racial, y la parlamentaria Maye Vocali es una líder progresista que se encuentra encabezando varios proyectos encaminados a la visibi-



lización de derechos para comunidades minoritarias.

El detective Torres, que ha realizado el seguimiento de los casos de Cuper, se comunica con la parlamentaria, que le confirma que, efectivamente, tiene agendado un almuerzo en dos días con algunos animalistas y agrega que esa reunión solo la tiene en su agenda privada, pues ni siquiera se les ha avisado del lugar a los invitados.

Mientras tanto, el capitán encuentra que tras el último arresto a Cuper, por parte del detective, ya ha sido puesto en libertad bajo fianza. Los agentes acuerdan que deben interrogar a Cóquili para que su testimonio pueda ser usado contra Cuper y encerrarlo por un buen tiempo, pero Torres se pone un poco reacio. Aunque ha tenido encuentros con él, prometió no descubrirlo para que su vida no corriera peligro, sin embargo, piensa igual que el capitán y dice de manera serena: “Ha llegado el momento”.

Más tarde, el detective entra a un pequeño bar en el que suena rock a todo volumen, se sienta en la barra y toma una cerveza. Antes de terminarla por completo, le susurra un mensaje a una bella mesera y se va. Al día siguiente, en la tarde, se sienta en una banca del parque. Allí llega un hombre más joven que él, pero mucho más grande. El detective le pide disculpas y un grupo de policías lo arresta y se lo lleva a la comisaría.

El capitán Toribio y el detective le ofrecen protección de testigos y llevarlo a un sitio seguro a cambio de su declaración, por el contrario, si decide no colaborar, enviará una foto de la video-grabación conversando con ellos para distribuirla en la Orden Nacional. Ante la presión, Cóquili cede.

El espía les dice que se dejó convencer del descaro y la confianza de la Orden Nacional, además que sus miembros eran más o menos de su edad, mientras que otras organizaciones de la extrema derecha eran solo ancianos que bebían whisky, como el barón Meitrel, exparlamentario, exdirector y asesor del Partido Tradicionalista, supuesto fundador o financiador de la Orden, aunque nunca se ha podido comprobar.

Agrega que a pesar de que las autoridades habían prohibido esa

organización, esta seguía funcionando y, amparada por la oscuridad, ahora tenía más libertad de reunirse para planear crímenes más atroces. El día anterior se reunieron en una estación abandonada del metro y Cuper se tomó la palabra como siempre, dijo que la policía seguía fastidiándolo y expuso su violento plan. Estaba determinado a realizar algo políticamente impactante: matar a la parlamentaria Maye, para lo que ya había comprado un machete.

Además, planeaba tomar rehenes en el restaurante, llamar al detective que estaba investigándolo y matarlo, al final se suicidaría lanzándose contra la policía con un falso chaleco explosivo. Cóquili estaba asustado porque no parecía sentir culpabilidad ni ninguna otra cosa.

Añade que ninguno de los que estaban alrededor frenaron a Cuper, sino que al contrario le sugirieron que en vez de la parlamentaria, fuera contra la ministra del Interior o que disparara dentro de una sinagoga porque era lo de moda, pero Cuper estaba ya seguro de hacerlo, pues de buena fuente sabía que la encontraría allí.

Por último, el joven dice que no quería implicarse en el asesinato de nadie, ni seguir en un grupo involucrado en matar personas. Hace tiempo estaba desilusionado y pensó en abandonar la organización, pero no podía salir de allí, pues quienes tomaban esa decisión desaparecían en extrañas circunstancias. Al terminar su encuentro, Cuper le dio un abrazo y le dijo que lo más probable es que no se verían de nuevo. Luego se dirigió a un teléfono público y dio el aviso.

Con el testimonio, el detective Torres y el capitán Toribio consiguen una orden de allanamiento. Llegan en un convoy a la casa de Cuper en la que está cenando con sus padres. Al detective le llama la atención algunas fotos de su graduación junto al barón Meitrel. Al cuestionar a los padres, descubre que es su padrino y que financió sus estudios. De repente su infalible intuición le hace pensar que probablemente él pagó su fianza y quizás fue el que le dio la información de la parlamentaria. Minutos después encuentran el machete escondido en un armario. De esta manera, Cuper es arrestado.

En los tribunales, Cuper acepta los cargos con total desvergüenza, pero niega hacer parte de la Orden Nacional, pues es una organización que no existe, así como tener alguna relación con el barón Meitrel, que ocasiona más polémica en los medios por solo decir su nombre.

La noche antes de la sentencia, el capitán Toribio está esperando el postre en el restaurante peruano con su querida Susana, que se encuentra feliz viendo su nuevo anillo en el dedo. Al fondo, divisa al barón Meitrel que bebe un vaso de whisky, luego recibe una llamada en su teléfono personal y tras una muy breve llamada cuelga, justo para encontrar su mirada con la del capitán y sonreír. Unos minutos después, Toribio recibe una llamada del detective Torres: Cuper se ha suicidado en su celda.

## NÉSTOR MURIÓ TRAS CAER DE LAS ESCALERAS DE UN BAR

—**O**jalá resista, pero la verdad no le veo mucha esperanza.  
—¿Estaba tomado?

—De la perra, si antes de entrar a cuidados intensivos le lavaron el estómago, a ver si le limpian la porquería que se metió.

—¿Luego es que estaba tomando agua con alcohol? —dijo sonriendo.

—No, normal, disque “Cariñoso”. Esa gente como se embo-rracha con agua picha.

—Pero no me quedó claro, ¿el man se cayó solo o lo botaron?

—Pues... lo que yo le entendí a la familia era que un amigo lo empujó por accidente, disque por una vaina con una nena. Pero al parecer al man no lo van a coger porque es poli.

—La corrupción está hasta en el caño.

—¡Ja! Mire quién habla. Luego no es su novia la que hace diagnósticos de dependencia emocional para que sus amigos se vayan con sus perros en primera clase.

—Ay marica, usted si jode, fue a una amiga y es porque ella quería mucho al perro.

—Si claro. Más bien dígame cuando le dice que me haga una receta de Xanax... ¡Paro respiratorio!. Necesito el desfibrilador. ¡Despejen!

Tras varios intentos el paciente muere a las tres y veinte.

—Ah, marica, es el segundo que se me muere este mes.

—Yo la verdad si estoy pensado en pasarme a consulta interna. Ahí es solo mirar expedientes, palpar un poquito y ya.

—La familia debe estar re mal. Es que el man tiene la misma edad que yo, treinta y dos.

Se hizo una pausa leve, los dos se dirigieron al baño. Se lavaron las manos, Daniel se puso a orinar. Néstor le dijo.

—Ya que hijueputas, termino el turno y nos vamos a House.

—Hágale, salimos los dos en mi carro.

## ALCANTARILLA

**E**ran las 7:30 pm, una lluvia tenue caía en la ciudad de Bogotá, el tráfico estaba paralizado, como casi siempre en la hora pico. Un viejo caminaba tranquilamente cuando da un paso en falso y cae en una alcantarilla.

—¡Vida hijueputa! —grita el anciano— ¡Ayuda!

Por suerte para él la profundidad del hoyo no superaba los dos metros y medio, solo sufrió unas cuantas raspaduras y un pie troncado porque antes de caer logró agarrarse del borde; pero sus fuerzas no soportaron el peso de su cuerpo. El viejo comenzó a gritar desesperadamente hasta que llegó un joven, sacó su celular y prendió la linterna.

—¿Está bien señor? —dijo el joven.

—¡No! Mijo llame a la policía o los bomberos, estoy aprisionado.

—¡Ya voy señor!

La lluvia comenzó a caer un poco más fuerte, algunos amigos del joven llegaron alrededor de la alcantarilla, llevaban sogas, pero el viejo era muy pesado. Cada vez llegaba más gente hasta que aparecieron los canales de televisión, transmitieron en vivo el suceso esperando a que llegaran los organismos de socorro.

Pasada una hora dentro del agujero, las aguas lluvia caían llenando el foso. El viejo trataba de salir, pero las paredes estaban muy resbalosas. Justo cuando el agua estaba a la mitad de su cuerpo llegaron los bomberos con una grúa, arneses y sogas

—¡Ayuda! Sáquenme de aquí, me voy a ahogar.

—Tranquilícese señor, yo estoy para ayudarle —dijo un bombero— por favor agarre este equipo y póngalo en sus dos piernas.

—¡No puedo! ni siquiera puedo ver mis piernas.

Más tarde, con el agua al pecho, el viejo logró ponerse los arneses. La grúa se acercó, él solo les decía que rápido. Las cámaras de televisión y celular no dejaban de apuntar a la boca de la alcantarilla. De repente bajó el gancho de la grúa mediante una polea, el viejo ajustó el equipo y comenzó a salir. Él solo veía destellos y luces rojas que le tomaban fotos y vídeos.

\*\*\*\*

Al otro día, dos hombres en una moto llegaron a una fundidora de metal.

—Amigo ¿nos puede llamar al jefe?

—Como no, un momento por favor.

—Gracias.

De reojo uno de los hombres miró lo que decía el periódico del celador, en el titular se leía: “El viejo y el mar de las cloacas: hombre casi muere tras caer en una alcantarilla”. Aparece el dueño, les dice que ofrece ciento cincuenta mil por la tapa que llevan, los hombres le dicen que mínimo se la dejan en doscientos mil. El jefe acepta, reciben el dinero y el celador continúa leyendo su periódico.

## EN EL RÍO

(MI VERSIÓN SOBRE LA MASACRE DE TRUJILLO)

El vendaval no se hizo esperar, la intempestiva lluvia consumió el extenso valle montañoso del municipio de Trujillo, aquella madrugada.

Recuerdo la mañana, el aroma petricor recorría las amplias calles del Parque General Santander. En la esquina de la calle 20, estaba ubicada la Iglesia del Perpetuo Socorro, dos cuadras arriba vivía yo, en una vieja casa de fachada azul; bastante soleada y ajada. Eran como las 6:15 de la mañana y aún no doblaban las campanas.

—Mijo, mijo, levántese. Lo va coger la tarde —dijo Alba a su hijo Josué.

—Estoy cansado mamá —respondió Josué con voz lánguida—. Aún no son las seis y el padre Tiberio no ha tocado las campanas.

—Tan raro, son las seis y diez —mencionó ella con incertidumbre—. Será que está en La Sonora haciendo misa.

—Y yo qué voy a saber, mamá.

—Levántese Josué, vaya ayude a su papá con el café.

Mi papá era un recolector de café, toda su vida la había dedicado a trabajar en los voluminosos cafetales que rodean las montañas del Valle del Cauca. En sus últimos años de vida, le gustaba tender frente a nuestra casa una vieja y ya muy desgastada lona verde, esparcir café y pasar hora tras hora, esperando a que el sol secara los granos para venderlos en día de mercado.

—Papá a qué le ayudo —preguntó Josué.

—Mijo se levantó tarde otra vez, ¿no?—dijo Arley —Váyase



corriendo más bien pa' la escuela, no sea que me busque otra vez la profesora porque llegó tarde, se fue pa'l río o quién sabe qué se le ocurra hoy.

—No papá, lo que pasa es que hoy no ha sonado ni siquiera el primer campanazo.

—Debe ser que al padre Tiberio, también se le pegaron las cobijas —dijo Arley riendo mientras miraba a Josué.

De aquel día, sólo recuerdo, que las calles del pueblo no estaban invadidas por las viejas lonas tendidas en el suelo repletas de café. El ambiente era silencioso, como los días en que bajaban de la lejanía, los hombres de camuflado y pasamontañas. En la esquina de la parroquia, se agolpaba una buena cantidad de gente aquella mañana.

—Se lo llevaron, se lo llevaron.

—Seguro era otro guerrillero infiltrado en el pueblo —dijo el tendero de la botica con una expresión de poco asombro.

—A mi si me parecía raro —dijo una señora que pasaba por el lugar—. Siempre hablando de guerra en cada sermón.

—Yo escuche que también se habían llevado a otras personas del pueblo.

—Que Dios lo guarde, el padre Tiberio lo único que ha hecho es luchar por Trujillo —dijo una señora que sostenía una camándula con ambas manos—. Que incertidumbre, recemos porque él esté bien; él y los otros que se llevaron.

De camino a la escuela no escuché otra cosa más que a la gente hablando del padre Tiberio y de sus acompañantes. Unos tenían la versión de que había desaparecido en la madrugada; otros, sostenían que los paramilitares se habían metido en la iglesia la noche anterior y lo habían matado; y otros, que se lo habían llevado al corregimiento de La Sonora, la vereda La Betulia, o al corregimiento El Tabor para torturarlo.

Cuando ya arribe a la escuela, se me acercó Gabriel, un compañero de curso y me dijo que no habría clase. Al parecer, la profesora

Isabel, no había llegado aún y ella era de las que siempre estaban allí de primeras para recibir a los estudiantes. Según entendí, a ella también la habían raptado la noche anterior; no tenían idea de su paradero y al parecer otros tres profesores también habrían corrido con la misma suerte.

—Yo me voy pa'l río —dijo Gabriel, frotando las manos—. Hoy no se hace nada y mi papá está en el cafetal trabajando hoy.

—Yo por allá no puedo coger —dijo Josué con una expresión triste en su rostro.

—Camine y la pasamos bueno, los de séptimo también irán. No ve que el profe Carlos tampoco apareció.

—Yo creo que es mejor irse pa' la casa Gabo.

—No tenga miedo hermano, eso seguro mañana aparecen otra vez los profesores —dijo Gabriel con una sonrisa en el rostro—. Usted sabe, siempre se llevan a la gente del pueblo y luego vuelven.

—Pero esta vez, en el pueblo se comenta que al padre Tiberio se lo llevaron por guerrillero —murmuró Josué al oído de Gabriel—. Que tal que los profesores también salgan metidos en ese cuento.

—Eso no se ponga creer todos los chismes que se arman en el pueblo.

Y así me convenció Gabriel, nos fuimos para el río Cauca, fuimos hasta Robledo, un corregimiento de Trujillo. Allá hay una quebradita muy tranquila, de aguas mansas; pero cuando llueve, el río hace de las suyas y el cauce es indomable.

A nuestra llegada, se suponía nos esperaba un día tranquilo en el río, con música y la cálida compañía de alguna niña de séptimo grado. Pero las cosas no fueron así, había mucha gente en el río. Algunas personas se tapan la boca con lo primero que tenían a la mano, yo escuchaba el llanto de algunas mujeres, aún recuerdo el rostro pálido de varios hombres y en mi cabeza, la imagen más perturbadora. El padre Tiberio, su cabeza flotaba en el cauce algido del Río Cauca.

Aquel día el vendaval no se hizo esperar y el testigo de todo esto fue el Río Cauca, que en sus aguas arrastraba el lamento de los Trujillenses, los cuerpos desmembrados de personas como padre Tiberio, mujeres ultrajadas, maestros y campesinos son las historias que corren por la fosa común que ingeniaron los capos del narcotráfico Henry Loaiza, alias el Alacrán y Diego Montoya, alias Don Diego.



# MEDITACIONES COTIDIANAS

## USURPACIÓN

**E**mpieza a caminar por la calle con una sensación extraña, de pérdida, revisa sus bolsillos uno por uno, pero encuentra todo lo que tiene en su lugar, nada le hace falta. Sigue su camino hacia la estación, a esa hora en que la multitud colma las calles con ese ritmo acelerado casi estrambótico, pero ese sentimiento de ausencia aumenta a medida que avanza. Gira su cabeza hacia atrás como si buscara algo o alguien y vuelve a revisar sus bolsillos, esta vez superficialmente sin introducir las manos, se detiene obstruyendo el paso por el desconcierto de saber que todo está en su lugar. Ya en la estación avanza en la fila mientras su cabeza da vueltas pensando que ha sido robado, en efecto, algo le han quitado, ha perdido la paz y la tranquilidad y a cambio le han impuesto esta zozobra todos los días en el mismo momento, un vacío que lo devora desde adentro, cualquier vestigio de significado que la vida pudiera tener hasta ese momento se desdibuja como las caras de esas personas que tiene tan cerca y que olvida tan pronto. Sabe que debe seguir, continuar su camino con el peso de ese agobio, no tiene alternativa. Los buses atestados y olorosos convierten el vacío en asco, ya el hastío está completo. El recuerdo de una melodía trae la lucidez de nuevo a su mente y cuando el bus se detiene en el semáforo recuerda quien es, un empleado más en la multitud, aquello que le hace falta, que busca y anhela es el tiempo de su vida que el empresario compra a muy bajo precio, es el tiempo lo que le roban a diario y no lo puede reponer de ninguna manera. El tiempo, la vida misma siendo expoliada de a pocos como un reloj de arena, dejando miles de almas en una ausencia definitiva.

## HALLAZGOS

**Y**arrojé el costal cargado al hombro sobre el espejo de agua estancada en el asfalto, al cielo lo empañaban grises nubes luego que se disipara la lluvia. En medio de un estrecho callejón de ladrillos rojos, buscaba entre la basura algún tesoro; de pronto, encuentro entre cáscaras de huevo y plátano una pequeña carroña. Habrá tenido si acaso algunas pocas horas de nacida. Su rugosa piel era de un rosado gelatinoso y fino como una membrana, recordándome una enorme rata calva que vi alguna vez. Perdí todo interés por ella y a punto estuve de arrojarla a la basura cuando percibo que algo sucede. El cielo se agrieta lo suficiente como para que un haz de luz se filtre iluminándole el rostro. Unos enormes y profundos ojos azules se abren líquidos, luminosos, y una vocecita celestial me susurra como un canto la palabra “Papá” al oído.

Así despierto encontrando la habitación hecha un basurero. El vómito sobre la cama y el día caduco me recuerda quién soy. Agarro lo que tengo a la mano y me vuelco a la calle, disparado a la casa de ella.

La encuentro cerrando la puerta, vestida con sus ropas de trabajo. Parece que su rostro está lívido, como el del bebé de mis sueños ¿Qué significa todo esto? ¿Es cierto que he sido un hombre cruel?

—Clara —Es lo que digo. Ya no soy dueño de mí—. Tengamos un hijo.

Me mira sorprendida, luego que se esfumara el dolor y la rabia de su rostro. Ahora se desliza por las escaleras y se me lanza encima.

Hoy día, mi niña tiene cinco años. Corre con sus piecitos

descalzos por la grama verde mientras ríe y baila. Es tarde. Clara descende por la amarilla ladera inmaculada como un ángel, llevando los ojos de mi hija como el cielo y su nombre, diciéndonos que es hora de subir porque se enfría la cena. Yo vuelvo a mi criaturita y le beso los rizos dorados, mi única herencia.



## MÁQUINA DE ESCRIBIR

Faltan cinco para las once. Subo la media negra por mi pierna, llega al muslo y levanto la mirada. Ahí está en su estuche color añil. Veo las carpetas que le he dejado encima. El polvo ya le llega, tal vez la tinta se seca.

Tap, la primera carta, no responde el destinatario. La segunda se pierde entre mis libros. La tercera la escribo a mano.

Subo la otra media negra por mi pierna, llega al muslo y bajo la mirada. Es como un golpe que te obliga a repensar en el color del techo de la casa, del humo de la sopa, del sonido mecánico, la ropa colgada. El mueble café que sostiene la máquina en su estuche color añil da golpecitos torpes en mi cabeza.

Ya son las once y diez. Apresuro el paso, muerdo rojo, respiro estridente, siento oscuro.

Tap, tap tap. Te escribo una carta

## EL GRAN ROJO Y EL DESGRACIADO

**H**an atropellado a un desgraciado, pero lo ignoro y caigo en la trampa. Voy de pie pensando que podía descansar hasta mi destino. Supuestamente los buses ahora son más grandes y por lo tanto van más desocupados, pero no es así. No a esta hora.

Agarrado bien duro para no caerme cuando frene, entre dos tubos que van del suelo a la altura de mi cabeza, observo a la pareja frente a mí. Él parece muy grande para ella, y ella muy vulgar para él. Él tiene unas copias en la mano aparentando estudiar los verbos irregulares en inglés mientras conversan trivialidades obscenas y cursis. A la hora de despedirse se besan por casi cinco minutos, como si no se volvieran a ver nunca. Él se baja en la Calle 45, ella lo hará más adelante en la Calle 72.

La voz automática con acento paísa anuncia la hora mientras que el recorrido se hace más denso. Por la ventana se va oscureciendo el panorama y se observa el crecimiento del trancón que para algunos es típico, pero para otros es inusual.

Las noticias en la radio se contradicen. La fuente oficial advierte que es lo normal a esa hora. Los amantes de la tecnología móvil les responden en sus redes que no lo es, como si creyeran que les prestarán atención. La razón se ve decenas de calles más adelante: sirenas de ambulancia, policías de tránsito. “Han atropellado a un desgraciado”, murmuran. Una señora le dice a su compañera de puesto con total seguridad que desde que se murió el zar esmeraldero están matando a todos. Un joven afirma que se iba a colar

y varios más susurran cientos de hipótesis sin fundamento. Los demás se pierden en sus sueños, en la música, en las lecturas.

El esplendor del trancón del sistema más rápido de transporte de la última década llega a la Calle 63. Son casi veinte minutos en los que el bus apenas se mueve. La mujer de atrás, como si hablara con el conductor, sólo se pregunta de manera resignada que por qué va tan lento, como si aquello de alguna manera aliviara esa espesa congestión.

Unos minutos después, el cambio es radical. El bus sale del trancón. Las suposiciones mueren como quizás le pasó al atropellado. Dos o tres paradas y el bus se ha vaciado tanto que ya no hay personas de pie. Un par de chicas se han sentado juntas y van burlándose a viva voz de su otro compañero que no ha podido tomar un taxi y que ha tenido que entrar por ellas al sistema, que él no usa porque se pierde. El mismo grupo se baja cerca de la calle 127.

Llego a mi destino con más de cuarenta minutos de diferencia tomando como referencia el mismo viaje a la inversa. No importa, a mí no me afecta ni a nadie, ya nos hemos acostumbrado a este contexto, haciendo parte de nuestra vida dentro del sistema masivo, la que se queja de todos los problemas habidos y por haber, y otra que ignora todo cuando salimos. Exceptuando a la mujer que escuché quejarse, no oí a nadie más. Se ha olvidado el trancón, el evento, las personas de pie, la incomodidad, los vendedores ambulantes, los cantantes malos y los ladrones. Al menos hasta que se vuelva a ingresar.

# NOS ESCRIBEN DE...

(DE LÁGRIMAS Y POCO COTIDIANO)

**T**e escribo para no ser molesto nunca más. Entiendo que has debido tomar varias decisiones en el transcurso de estos días; no parecen ser fáciles, pero como lo hemos hablado antes, esto de ir conociéndonos parece haber terminado aquí. Ahora me invade una extraña sensación y quisiera no estar redactando esta misiva.

En este momento, se estremece mi memoria. Recordar con deseo aquellos días no será simple. La intensa ilusión que mana de los momentos compartimos siempre será inexplicable, como conceder tu querer o extender tu mano para ofrecerme un instante en tu vida. No puedo hablar de muchas mujeres en mi vida, pero, tengo la certeza de haber conocido una con la valentía que yo nunca tendré. Después de tanto, de días eternos volví a creer y algunos sentimientos brotaron como un vástago en la primavera.

Nunca recordaré aquella noche en la que te conocí, es borrosa mi mente, esa noche estaba ebrio y sin razón alguna bailamos, nuestros labios se desgastaron y yo me marché sin saber tu nombre. Tengo memoria de una noche; invadido por la timidez para volver a besarte, pero siendo esa la primera vez que sí recordaría. ¿Por cuánto tiempo me faltará el aliento? ¿Tendré la gallardía para ir olvidarme de tus manos? ¿Por qué el aire arroja el elixir de tus labios a la intemperie?

Pido perdón por cada momento, palabra o situación que te hizo sentir incomoda, realmente me enamoré; surgió lo inesperado y de una u otra forma comencé a quererte y el corazón no me dejó entender más.

Hoy estoy molesto y triste conmigo; contigo. Molesto por no dar más, triste por eso que hablamos aquella última vez; pero, no me corresponde nada, simplemente entender, pues no ha sido fácil para ti y sé que tu corazón tiene heridas de las cuales se debe reparar. Por eso doy un paso de lado, me siento algo estúpido llamando o escribiendo, mientras tu ignoras que yo estoy aquí.

Pensaré en ti, intentaré recrear tu figura en el presente, ver tu sombra y correr tan deprisa a ella como me sea posible. Junto a ti los días han tenido un significado que cambió mi perspectiva, gracias, no me queda la menor duda, no podré dejar de sentir por un algo por ti en un largo tiempo. Aunque parta de lado y no se si ahora leas esto; quiero decirte que aun espero que algún día me llames, escribas o visites.

## REMINISCENCIA

En el centro médico todo era un zumbido constante que combinaba las quejas de los usuarios, lloriqueos de los niños, llamados de los médicos por los citófonos, y uno que otro gemido. La atmósfera a veces enrarecida, a veces aséptica, no incomodaba a Carlos, que se retorcía por sus dolores abdominales en una fría y dura silla, mientras pensaba en su trabajo y cómo enriquecía cada vez más a personas que nunca había visto en su vida y que seguro nunca vería, pero aun así se declaraban superiores a él. Día tras día le obsesionaba la misma idea; el ser consciente de pertenecer a un sistema que necesitaba su tiempo, pero que le pagaba solo lo suficiente para sobrevivir, así tuviera todas las cosas necesarias ese dinero no le iba servir para recuperar el brillo de los días, la esperanza. Si acumulara el salario de todo un año ni con eso podría comprar aquello que añoraba y que veía cada vez más lejano. Pensaba el pasado como un barco en el horizonte que un naufrago observa y desea que venga hacia él pero solo se aleja o toma un rumbo que puede seguir con su mirada por un momento y luego desaparece.

Un niño a su lado jugaba con un carrito de plástico y recordó que su padre lo llevaba a una heladería y además le regalaba un pequeño juguete de plástico que compraba en la juguetería que había enseguida. El dolor le dio una tregua a Carlos y recordó con placidez lo hermoso y soleados que eran los días entonces, con la tierra en las rodillas, el olor a pino y esas salidas a comer helados de vainilla o de chocolate, y su padre, que no cambiaba jamás el sabor de limón, todo brillaba y el humo de las fábricas

no estaba tan cerca y los timbres de marcar el turno no sonaban jamás, —que bonita es la vida sin tantas obligaciones—, pensó y luego recordó que en esa misma heladería había sido su primera cita, una niña llamada Ana María, había aceptado su invitación, la llevó allá porque era el lugar más bonito que conocía y en donde siempre había estado feliz, ella escogió el sabor de ron con pasas, Carlos el de chocolate, odiaba el de ron con pasas pero no dijo nada para no arruinarlo. Fue un día brillante y el sol se reflejaba en el cabello castaño de Ana María, parecía un ángel, había conservado esa visión, esa epifanía como una gema, un recuerdo único que le decía que en alguna parte había esperanza, que el mundo merecía ser vivido, pero raras veces salía a flote. A los pocos días de la cita ella se mudó y desapareció. Carlos escuchó su nombre, el dolor era cada vez más agudo y se desplazó hacia el consultorio encorvado y dando pasos irregulares.

El día anterior Carlos terminó su jornada caminando por horas con la autojustificación que se repetía a menudo -caminar... me hace pensar mejor- por eso se perdió en las calles de ese barrio cercano al suyo, que no conocía, viendo los parques, las formas de los árboles que siempre lo sorprendían, mirando siempre los transeúntes al rostro y criticando a los conductores por su falta de precaución y al gobierno de la ciudad por no hacer esas cosas que se podrían cambiar fácilmente; en el fondo sabía que su mentalidad parecía la de alguien mucho mayor, eso lo avergonzaba aunque se sentía orgulloso de ser tan metódico. Ya era de noche cuando vio una provocativa pizza tras el vidrio de un viejo local, no dudó en entrar y comprarla, luego fue a casa a descansar.

—El dolor es producto de esa pizza que compré por no tener nada en la nevera—. Se repetía Carlos así mismo mientras trataba de dormir, pero en unos minutos el sol se alzaría en el cielo e imaginó a toda la gente saliendo de sus cálidos hogares a cumplir con la rutina, a convertir el tiempo de sus vidas en cosas tangibles y comestibles, eso era deprimente para él porque se daba cuenta que era uno más de todos ellos. Un piñón desgastado de una gran maquinaria, deseaba que su salida de ella fuera una devastación,

algo que dejará un daño permanente pero la verdad es que era una pieza fácilmente reemplazable así que solo esperaba en esa rutina por si algún día tenía una idea brillante. Era hora de pararse de la cama y alistarse para ir al trabajo, pero una vez en pie el dolor aumentó a un nivel que sobrepasaba lo que conocía como un dolor normal de estómago, tuvo que sentarse al borde de la cama apretando los dientes —Ahora ¿Que putas? ¡Maldita pizza!— Se quejó mientras tocaba su abdomen inflamado.

De camino al consultorio el apéndice de Carlos estalló y todas las onzas que su cuerpo había acumulado, de lo que consideraba residuos, ahora se estaban diseminando por su cuerpo, por cada rincón de sus órganos, invadiendo todo como un caño desbordado.

La doctora Ana María ordenó a su enfermera sedar al paciente inmediatamente.

Muchos años habían transcurrido, las marcas del tiempo eran notables en su rostro, pero no mancillaban su belleza; tenía puestos unos tenis cómodos y su uniforme. Para ella el día se desenvolvía con la normalidad que le encantaba y esto se reflejaba en su sonrisa. Habló con la enfermera y tomó la historia clínica, una sensación extraña empezó a recorrer su cuerpo pues la perfecta normalidad se desmoronaba al leer el nombre del paciente con peritonitis. A veces el pasado de unos es el Edén y para otros es algo más parecido a un infierno. Este era el caso de Ana María, recordaba con cariño a Carlos, pero algo en la totalidad de su infancia la perturbaba.

Carlos abrió los ojos, una luz blanquecina formaba un aura celeste en los bordes del cabello castaño de Ana María, que lo observaba, el olor a pinos de su vecindario se sentía en el aire y todo brillaba más, sintió muchas ganas de vivir como antes, pero era tarde pues todo era resultado de la última actividad de sus neuronas.



## ¿QUÉ NOS QUEDA DE LOS RECUERDOS?

Nada. No nos queda nada. Si acaso el amargo dolor de lo que pudo y nunca fue, de lo que estuvo y ya no está; un dolor quizá, subsanado o terriblemente tonificado por el paso de los años.

¿Recuerdas? Yo cursaba quinto o sexto de bachiderato en el colegio San Bartolomé (estos detalles se me escapan por más que los busco bajo las piedras, en los recovecos de mi memoria y, en cambio, otras memorias en lo que a mí respectan gozan de mayor virtud, se manifiestan con claridad, como fuego ante mis ojos), y tú, cursabas cuarto de bachiderato, en uno de los colegios marianos que tanto abundaban por aquel entonces, donde solo estudiaban niñas correctas, sencillas, a unas cuadras del mío y de los que hoy quedan muy pocos. Tú no eras una chica correcta. De eso me acuerdo perfectamente. De igual forma recuerdo ingeniándome excusas para eludir a mis amigos deslizándome, apocado, muerto de amor y vergüenza al portón de tu escuela. No creo que vergüenza sea la palabra indicada para definir aquél sentimiento de pánico que me producía esperarte al frente fumando un cigarrillo, todo peinado y bien vestido, y verte con tu falda larga que subías tan pronto como atravesabas el portón, tu cabello negro partido a la mitad y tu sonrisa pura, sutil, rompiendo tus mejillas con dos pequeños hoyuelos a cada lado. Yo te besaba las manos y la frente a la luz del sol. Y en lo oscuro, cuando a hurtadillas te metía al teatro Cuba, mi boca inexperta buscaba el beso. No me importaba pagar una carísima boleta y perder el show entero si a cambio me embelesaba una o dos horas con tu amor. Todo

era húmedo, el techo enmohecido, el aire envuelto en tinieblas, tu boca y la mía, mis dedos. Luego me pedías que fuéramos a la quinta, porque allí había una pista de baile muy buena y a la moda; entonces pagaba otra carísima entrada, otro soborno por tu piel de durazno, y bailábamos hasta el anochecer. Y tú tomabas y yo tomaba y bajábamos por las calles del centro completamente borrachos hasta tu casa, dándonos besos con la luna; yo sumergía mi mano en tu buzo de lana, por debajo de la blusa, buscando tu cintura, y tú me acariciabas el cabello y decías que me querías mucho, que era un muchacho muy lindo, muy atento, que siempre sería tuya.

¿Y qué queda de todo esto?: Nada.

Tu colegio ahora no es más que un baldío tomado por la rampante maleza, a veces paso por allí y encuentro esa estructura amenazando permanentemente con irse al piso, la pintura verde nevera de los muros está agrietada, crispada; el portón negro –ya herrumbroso para entonces– caído por una de sus bases, cerrado por una gruesa cadena igualmente herrumbrosa; el teatro Cuba donde tan felices fuimos juntos, no es más que un parqueadero; nuestra disco es ahora una moderna pensión para extranjeros. Mi viejo colegio se conserva, como siempre, allí erguido, secular, ajeno; de repente al pasar junto al patio de ingreso, de camino al parlamento, algún remoto recuerdo se ilumina por un instante y me veo ingresando junto a mis amigos de colegio con la lonchera a la mano y los zapatos lustrosos, pero luego ese flashback se evapora tan fugazmente como se presenta y encuentro aquel edificio desconocido y pienso, y dudo si mis recuerdos son ciertos y si ese pasado tan bello me corresponde.

No, no me mires de esa manera... Me hace daño... ¿Y qué queda de nuestro amor?: Tus tres hijos y tu esposo; mi señora, Tomás, Camila y lo que reste de mi carrera, nuestra vejez, tu ausencia. Recuerdo que años más tarde volvimos a vernos y de aquellas verdes cenizas brotaron las llamas, tú me pediste que cortara con todo: con la hija del Fiscal, que me abstuviera a embarazarla, que acabara con la vida licenciada, con mis ambiciones políticas y nos

marcháramos a un lugar donde pudiéramos bailar y yo te dije que no, que tenía asuntos mucho más importantes.



TRES POEMAS Y UNA  
MENTIRA

# SIMPLICIDAD

Cargar una vida de la que todos estén orgullosos,  
convertir saludos en agradecimientos,  
producir orgasmos con falta de criterio.  
Sentir ternura por las influencias que marchitan  
el trabajo y la voluntad.

Cada relación sesgada de interés,  
recibe palmadas en la espalda  
convertidas en moretones permanentes.  
Al quitar la camiseta  
que muestra la perfección  
como la mugre arrastrada por la calle  
en una noche de lluvia que va directo a la alcantarilla.

# METAS

En el castigo más fuerte están las formas  
como los demás moldean las palabras  
que salen de nuestra boca convertidas en veneno  
complaciente.

En el sótano del mañana, donde no llega la luz del amanecer,  
se encuentran los poetas que voluntariamente convierten  
sus palabras en grilletes.

Esperando despertar, sin una identidad,  
viendo sus metas convertidas en los pasados  
donde la luz del sol llega a los sótanos.

